CHARLAS DE ADVIENTO (II)
LA NAVIDAD DE JESÚS

El protagonista de estas fiestas no es el solsticio de invierno ni las vacaciones o la paga extra sino ese Niño que lleva el más dulce nombre, Jesús. Este nombre no es un eco ni un vago recuerdo de la historia sino una Presencia viva, por mucho que persiga sumirlo en el olvido el afán de los enemigos de Dios y, en consecuencia, enemigos del hombre, porque si Dios quiere y promueve el bienestar de todos y la paz entre todos, quien se hace enemigo Suyo no es sino para promover la crisis y el enfrentamiento en beneficio propio.

El centro de la Navidad es Jesús, el cumplimiento pleno de las promesas y de la evolución de nuestra especie. Él es la respuesta a todas las preguntas importantes que se han hecho todas las generaciones y es igualmente la salida de todos los encierros, la salvación de todo aquello que nos sume en el confinamiento del materialismo por el que nuestra existencia y nuestra dignidad humana quedan desfiguradas y reducidas a mucho menos que a su mínima expresión.

Quienes perciben más y mejor la luz de la Navidad, la Luz que Jesús es, son aquellos que se saben huérfanos en un mundo sin rumbo, desamparados y expuestos bajo las maquinaciones de los poderosos, temblorosos ante la incertidumbre cotidiana de sus escasos medios frente al coste de la vida, impotentes ante la depreciación actual de la vida humana y ante la misma muerte. Quienes perciben mejor y se benefician más de celebrar la Navidad con fe y amor son los pobres, quienes reconocen sus distintas formas de pobreza, las que todos atesoramos y que se convierten en una indigencia insuperable cuando se sufren sin Dios.

Los que ya no esperan nada celebran su navidad pero no la de Jesús. Los epulentos, los satisfechos, los que no necesitan nada ni a nadie, los pagados de sí mismos, etc.; éstos no buscan al Salvador de los hombres porque no creen necesitar ser salvados de nada. Así celebrarán cualquier cosa pero no la Navidad y no se beneficiarán de sus frutos, de sus efectos sanadores para quien sabe que los necesita.

¿Qué puede ser lo que más necesitamos todos hoy? A pesar de que son muchos los que se benefician y viven cómodos en el desordenado y caótico orden actual de las cosas, ¿qué necesita el ser humano de hoy en los cuatro puntos cardinales por los cuales se encuentra?

Quizá hoy la necesidad más universal y urgente es la de aquello en lo que todos podemos aportar una gavilla pequeña con la que comenzar a generar ese granero del que nos alimentamos todos. La paz, eso es lo que más necesitamos y de lo que más adolecemos hoy, la paz que Dios siembre en el alma y con la que aquieta la conciencia y serena el corazón de quien con Él se reconcilia para enviarlo como reconciliador, como germen de paz allí donde se relacione con cualquiera a quien poder entregar una de las espigas de la pequeña gavilla que aporta al mundo con manos fraternas. “Noche de paz, noche de amor.” La Paz de Jesús.

Cuando en estos días, nuestra mirada se detenga sobre el Niño Jesús, escuchemos cómo desde la gruta de Belén llama con Sus manitas suaves a la puerta de nuestro corazón. Llama pidiendo que le hagamos espacio en nuestra vida, no se impone, no exige, no quiere entrar por la fuerza sino que, con la dulzura tierna de un niño, pide que se le acoja, pide y espera que abramos el corazón al Príncipe de la Paz y que le cuidemos cuidando Su Paz en todas nuestras relaciones, en todos los ámbitos de nuestra vida y con todos nuestros actos y opciones.

Para que sepamos comprender Su Paz Jesús se nos ofrece como Luz, como sentido vital, como Verdad. En la verdad se encuentra la paz porque nos encontramos unos a otros como iguales. Toda discriminación, todo afán de dominio o de superioridad, toda búsqueda de beneficio injusto o de comodidad y bienestar que dé la espalda al malestar ajeno genera violencia y nace de la confusión, de la falaz creencia de ser mejor o más importante que otros, de la infamia de considerar a otros de menor valor que uno mismo.

El egocentrismo soberbio y el afán de imperar sobre los demás son los primeros interesados en acabar con la Navidad porque la Navidad es el inicio del reino de la fraternidad que sólo se construye con la Paz de la Verdad y la Justicia de la Caridad. Estos son algunos efectos de la Navidad, y ¡¡¡estamos tan necesitados de todos ellos!!!

Donde y cuando el hombre se deja iluminar por el resplandor de la Verdad, emprende de modo casi natural el camino de la paz. Tras hacer hincapié en que la paz es "la gran aspiración del corazón de cada hombre y de cada mujer, y se construye día tras día con la aportación de todos, ante las situaciones de injusticia y de violencia que siguen oprimiendo diferentes zonas de la tierra, ante las nuevas y más insidiosas amenazas contra la paz, es más necesario que nunca aportar nuestras espigas personales, esa gavilla que reunimos en comunidad y trabajar juntos por la paz.

Es necesario un "empuje" de valentía y de confianza en Dios y en el hombre para optar por recorrer el camino de la paz. Es algo que tenemos que hacer todos los seres humanos y todas las organizaciones internacionales y potencias mundiales pero nadie lo puede hacer tanto que quienes queremos cantar el “Noche de Paz” ante el Niño Dios celebrando Su Natividad. Como a María, la Caridad que es Cristo nos urge desde el hondón del alma, nos exige desde el seno en el que lo recibimos en comunión a ser con Él artífices de paz y generadores de reconciliación.

La paz es la aspiración de toda persona de buena voluntad y para los discípulos de Jesucristo es un mandato permanente que compromete, es una misión exigente que nos ha de llevar a vivir, a anunciar y a testimoniar "el Evangelio de la Paz", proclamando que el reconocimiento de la Verdad sobre de Dios es condición indispensable para alcanzar la reconciliadora Verdad sobre el ser humano para propiciar, juntos y además unidos, la consolidación de la paz. Esta convicción y las obras de que ella manan ha de ser cada vez mayor en toda comunidad cristiana que sólo así se convertirá en "levadura" de una humanidad renovada en el amor. “Noche de Paz, noche de amor.”

A lo largo y ancho de todo el tiempo litúrgico de la Navidad la Iglesia nos enseña con la Palabra de Dios una gran lección: para acoger el don de la paz tenemos que abrirnos a la verdad que se ha revelado en la persona de Jesús, que nos ha enseñado el "contenido" y el "método" de la paz, es decir, el amor como estado de vida, como rasgo personal, como hábito de comportamiento.

Dios, que es el Amor perfecto y subsistente, se reveló en Jesús asumiendo nuestra condición humana. De esta manera nos ha indicado también el camino de la paz: el diálogo, el perdón, la solidaridad. Este es el único camino que lleva a la auténtica paz.

María Santísima hoy bendice al mundo entero mostrando a su Hijo divino, el "príncipe de la paz" para que "la familia humana, al abrirse al mensaje evangélico, pueda vivir y convivir en la fraternidad y en la paz.